

Hacia una arqueología del paisaje en Colombia: reflexiones necesarias

Alba Nelly Gómez García

Docente, Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: angomez30@hotmail.com

Gómez García, Alba Nelly (2011). "Hacia una arqueología del paisaje en Colombia: reflexiones necesarias". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Vol. 25 N.º 42 pp. 231-254. Texto recibido: 11/07/2011; aprobación final: 20/10/2011.

Resumen. Este artículo realiza una reflexión historiográfica, teórica y epistemológica de la arqueología prehispánica colombiana, caracterizando el contexto conceptual que determinó y determina, la pluralidad de sentidos de expresiones como espacio, naturaleza, medio ambiente y paisaje, que dificultan el intercambio de información y debates entre las diferentes perspectivas arqueológicas interesadas en el "paisaje".

Palabras clave: Colombia, arqueología prehispánica, paisaje, teoría y epistemología.

Towards an archaeology of landscape in Colombia: a needed reflections

Abstract. This article aims to provide a historiographical, theoretical and epistemological reflection on Colombian pre-hispanic archeology, through a conceptual characterization of the context that determined –and until today- determines the plurality of meanings of terms such as space, nature, environment and landscape, and consequently hinders the exchange of information or debates between different archaeological perspectives interested in the "landscape".

Keywords: Colombia, Pre-Hispanic archaeological, landscape, theory and epistemology.

Introducción

Cuando se revisa el desarrollo histórico de la Arqueología local e internacional y se piensa en el espacio como objeto de estudio, se encuentran distintos caminos que

permiten describir, analizar o interpretar el espacio y, en consecuencia, el paisaje (entendiendo como espacio construido y utilizado en el pasado).

Sin embargo, una expresión como “arqueología del espacio” no es equivalente a otra como “arqueología del paisaje”. Para decirlo en forma técnica, habría que diferenciar entre la referencia, el término, las expresiones y el sentido. Una misma referencia puede tener varios sentidos, pues las diversas formas de conocer esa referencia se expresan, valga la redundancia, con diferentes expresiones; en otras palabras, la manera como se presenta por escrito la referencia, supone sentidos diferentes de la misma referencia (Eco, 1985).

Por lo anterior, “espacio” y “paisaje” pueden ser expresiones que están en lugar del mismo objeto físico (referencia) caminado, fotografiado o excavado por diferentes arqueólogos o legos, pero no tienen el mismo sentido. Al suponer como más relevantes unos u otros problemas para conocer el pasado de ese objeto, se está ante diferentes realidades científicas y sociales; es decir, cambios en las esferas académicas quedan plasmados en la terminología empleada (Hernando, 2002; Soler, 2007).

Para ejemplificar esta variedad se tomará en cuenta el campo disciplinario de la arqueología hispanoamericana, especialmente, la de Colombia. Al usar la palabra “espacio” se puede estar hablando a nombre de una perspectiva teórica, implícita o explícita, en la que el espacio físico es neutral, un escenario donde el hombre actúa (Rodríguez, 1995), o bien construye y se desplaza entre “áreas culturales”. Con el término “territorio” se puede estar en el terreno de una discusión jurídica o política, y, por tanto, abordar problemas de institucionalización de una organización social compleja en el espacio como jefaturas o estados (Falchetti y Plazas, 1973; Groot y Hooykaas, 1991; Cárdenas, 1996; Salazar, 2006). A su turno, “ambiente” puede dar por supuestos los principios físicos (biológicos) y económicos (productividad) del entorno que determinan o condicionan el tipo de acción humana que pueda llevarse a cabo (Correal y Van der Hammen, 1977; Herrera, 1987; Archila, 1993; Herrera et ál., 1982-1983; Correal, 1986; Drenan y Quattrin, 1995; Drennan et ál., 1989; Cooke, 1993; Bray, 1995; Langebaek et ál., 1998; Morcote, 2001). Y con “paisaje”, en una de sus variantes, se puede destacar la integridad de lo natural y lo cultural (Criado, 1991a; Orejas, 1995; Mora, 2005).

Pero como el contenido de cada término solo se comprende en relación con otros contenidos definidos dentro de una red conceptual o teoría (Eco, 1985), el significado de cada término no depende de sí mismo sino de esa red de supuestos organizados. Así, es posible que se pueda usar el término “espacio” pero con el contenido ya reseñado de “paisaje” (Llanos, 1990 y 1995; Bradley y Criado, 1994); que se hable de paisaje para aludir al de espacio (Dever, 1999) o al medio ambiente (Herrera et ál., 1990; Bray, 1995); que se hable de espacio para discutir sobre adaptaciones ambientales (Cavelier et ál., 1987), o se mencione el territorio pero dándole un sentido de paisaje social (Botero, 2002; Llanos, 1995) o de actividad modificadora del ambiente (Gnecco y Aceituno, 2004).

Visto así, las posibilidades de un diálogo entre los diferentes estudiosos es tan provocativa como problemática. Puesto que no se trata solo de que el uso de ciertas expresiones o conceptos en los países periféricos o del Tercer Mundo y que surgieron en los centros académicos del Primer Mundo, adquieran énfasis y matices de acuerdo con el contexto académico nacional en el que se instrumentalizan o redefinen (Piazzini, 2003), sino que la existencia de diversos enfoques teóricos supone más que una arqueología colombiana: la existencia de arqueologías practicadas en Colombia. Como consecuencia, parte de los datos empíricos pueden resultar insatisfactorios para unos u otros enfoques y mostrar así la limitación de la noción de “dato básico”. Cierta tipo de artefacto lítico u ocupación de suelos agrícola y productivos, será una evidencia de adaptación ambiental para un enfoque, mientras que para otro puede ser evidencia de la expresión de modelos culturales que definen el tipo de tecnología aceptada para solventar ciertas necesidades definidas culturalmente.

La predominancia de uno u otro tipo de enfoque puede observarse haciendo un breve recuento histórico. Tal recuento pretende esbozar las condiciones en las cuales ha surgido la diversidad de alternativas conceptuales arqueológicas en Colombia (Piazzini, 2003; Gómez, 2005; Langebaek, 2005), reflejo en parte del contexto latinoamericano (Politis y Peretti, 2004; Politis, 2006; Navarrete, 2006; Mora, 2006), y que en apariencia, se refieren al mismo objeto: el espacio físico.

Esbozo histórico de la arqueología en Colombia

A diferencia del proceso histórico que llevó al surgimiento de la noción de prehistoria o el sistema de las tres edades en el Viejo Mundo (Trigger, 1992; Gamble, 2002), el surgimiento de la arqueología en Colombia no tuvo como antecedentes la preocupación del pensamiento moderno (Renacimiento, Protestantismo, Ilustración) por la verdad desinteresada y apoyada en la experiencia o evidencias empíricas (Crisdo, 2001a). En esa medida, los prejuicios sobre los grupos humanos y su entorno, fueron la base para representar por escrito y visualmente, es decir, interpretar tanto los grupos salvajes o primitivos “descubiertos” en el llamado Nuevo Mundo, como los vestigios de los grupos que habían existido antes de ellos (Barona, 1993; Vollet, 2004; Langebaek, 2003 y 2004; Vignolo, 2004). El espacio se pensaba como un “medio” o “naturaleza”, aparte y opuesto a los grupos que lo ocupaban, usaban y, aparentemente, nunca se habían modificado. El medio podía ser calificado de hostil o propicio según se registraran pautas de producción o jerarquía equivalentes a las europeas (Langebaek, 2003).

El “trópico”, en donde se encuentra actualmente el territorio colombiano, fue percibido, eventualmente, como un Jardín del Edén o un infierno malsano. A finales del siglo xv, Cristóbal Colón percibía la puesta en escena del génesis bíblico, mientras que el barón Alexander von Humboldt, a comienzos del siglo xix, percibía un espacio en el que no había la más mínima huella de intervención humana, la gente era

parte de la armonía cósmica de una naturaleza prístina. Este fue el fermento para el mito del “buen salvaje” que se consolidó con el viaje de Montaigne al Brasil; y el surgimiento de su relativismo moral que consideraba al canibalismo americano como una práctica menos bárbara que la conquista europea. Pero, por otro lado, el clima cálido y húmedo fue percibido como malsano y como un desafío indomable en el que no podían surgir los refinamientos de la civilización europea. En la literatura, Joseph Conrad ilustró en *El corazón de las tinieblas* (siglo XIX) no solo los estragos del imperialismo europeo sino el malsano clima africano (luego sería el clima vietnamita en el film *Apocalipsis now* de Francis Ford Coppola); ejercicio análogo al que realizó José Eustasio Rivera con *La Vorágine* (1924) en Colombia, en el que el viaje al llano y El Amazonas es mostrado desde las dificultades mismas del desplazamiento y la violencia que se ejerce desde una empresa cauchera contra los indios (Palacio y Ulloa, 2002). Personajes tan disímiles como Colón, Humboldt, Conrad, Coppola, Rivera o Montaigne tienen en común el ser ejemplos no de una época sino de una manera moderna y occidental de pensarse a sí mismos en relación con su entorno. Historizar esa manera de razonar es una condición para no proyectarlo hacia atrás en el tiempo o más allá de los espacios habitados y creados por ese tipo de personajes.

Al historizar las perspectivas teóricas se precisa de ahondar en el legado histórico dentro del que se ha constituido cada tradición profesional y no solo disciplinaria. Por eso un estudio como el de Johnson (2007) resulta sin duda relevante para el contexto local, no por lo que de influencia tenga la arqueología o la geografía inglesa, como por el hecho de que viejas ideas románticas, deterministas o funcionalistas sobre la relación entre la gente y su entorno se presentan con nuevos ropajes terminológicos. Bien podemos ser interlocutores de antiguas formas de pensar de manera inconsciente, tanto si se alaba como si se cuestiona el salvaje ecológico recientemente inventado por los herederos de formas paternalistas y esencialistas de pensar a los nativos que viven en “parques” o “reservas” supuestamente ajenas al proceso histórico que ha llevado a paisajes capitalistas y urbanizados (Ulloa, 2004; Langebaek, 2009). Puede resultar relevante tomar consciencia de cómo se entrelaza pasado y presente en la manera de pensar un espacio que existe no solo independientemente de quien lo vea, sino que existe como paisaje desde la manera como sea visto (Tilley, 2008).

De la descripción del espacio conquistado (paradisíaco o indomable) y las poblaciones paulatinamente sometidas, se pasó a un estado colonial. Y dado que la actual Colombia se formó sobre los restos de una colonia del Imperio español surgido al final de la Edad Media, es preciso repasar las transformaciones de esa forma de institucionalización del poder en el Viejo Mundo.

Cuando surgieron en Europa formas de gobierno no centradas en los privilegios heredados y los fundamentos metafísicos de la Iglesia (modelo de los Reyes Católicos: una fe, una corona, siglos XV-XVI), sino en la movilidad de los individuos y el arbitraje secular del Estado (las reformas borbónicas en España, siglo XVIII), se transformaron las funciones que podía tener el Estado y, por lo tanto, la manera

como podían ser consideradas las poblaciones y el entorno objeto de gobierno por parte de cada Estado.

Foucault ha propuesto un triángulo de funciones posibles del Estado divorciado de principios trascendentales de la religión cristiana. Por un lado, el modelo de soberanía (que opera sobre la defensa del territorio), por otro, el modelo de disciplina (que opera sobre la formación de sujetos de derechos) y, finalmente, el de la gubernamentalidad (que opera sobre el control de poblaciones y cuerpos). Gobernar desde el Estado moderno, laico, suponía que tal entidad se diera a sí misma unas reglas, unos principios, un vocabulario y un objeto para gobernar: el espacio, el ciudadano moderno como sujeto de leyes, y el cuerpo mismo de la gente. Eventualmente, del control sobre el espacio, que crea territorio o soberanía, se pasa a enfatizar el control sobre las poblaciones. Así como el espacio podía ser medido y controlado haciéndolo habitable, productivo o un medio de tránsito, las poblaciones podían llegar a ser disciplinadas o bien arbitradas con base en nociones derivadas de un conocimiento científico sobre la “naturaleza” humana (Foucault, 2006).

Durante la Colonia (siglo xvii-xviii), se trató de instaurar la territorialidad (soberanía) de tipo feudal en “la Nueva Granada”. La misma suponía un Estado de justicia, pero tuvo muchas dificultades para llegar a implementarse. La justicia no podía ir contra los privilegios de terratenientes, esclavistas y clases privilegiadas en cada ciudad o territorio rurales. Esa fragilidad institucional llevó a que la administración de ese territorio fuera el caldo de cultivo para que, a diferencia del Viejo Mundo, la soberanía no se implementara sobre un territorio en el que luego surgiría la nación, sino sobre ciudades coloniales (o la ausencia de las mismas que supondría frentes de colonización). De esos énfasis urbanos y sus influencias locales surgieron en el siglo xx las regiones y el dicho local de que “Colombia es un país de regiones” o un “país de ciudades”: Costa Atlántica, Costa Pacífica, Zona Andina, Llanos Orientales, Selva Amazónica (Páramo y Cuervo, 2006).

En el Estado colonial (siglos xvii-xviii) y luego republicano (siglos xix-xxi), se acogió el uso de categorías como raza y sus derivados (mestizo, zambo, mulato, pardo, etc.) desde las cuales la masa de pobladores se pudiera clasificar, diferenciar y pensar en términos de derechos y deberes que daban forma a sus reclamos u obligaciones. El uso de esas categorías solía estar acompañado del determinismo ambiental heredado, en el que el clima tropical podía ser tanto un paraíso de abundancia, como un lugar malsano donde el bochorno y los mosquitos hacían imposible generar formas de vida civilizada (Mora, 2005). La geografía o medio determinista y las clasificaciones raciales derivaron en los consiguientes fenotipos que persisten hasta el presente: los costeños son alegres por el clima, los andinos son los refinados y civilizados (en el altiplano estuvo la “civilización chibcha” y luego la capital del Virreinato y la República), y en la selva habitan indios desnudos.

Esto llevaría a que, a diferencia del proceso histórico de modernización europea (o francesa) reseñado por Foucault, la administración se fragmentara y no se desplazara

el modelo familiar como modelo de gobierno al gobierno de las poblaciones, hasta ya entrado el siglo xx, dada la cohabitación en el poder de Estado e Iglesia en su versión contrarreformista. En esa medida, el discurso del contrato social sobre el aumento de la riqueza para el bienestar de la población, la introducción de servicios sanitarios, los cuidados médicos, en fin, la proliferación de técnicas de cuidado de las poblaciones, pensadas en términos administrativos, no sería de uso común del Estado colombiano hasta mediados del siglo xx. En pocas palabras, el liberalismo como nervio del proceso de modernización y modernidad, es decir, la formación del mito del hombre moderno que se da sus propias reglas, resultó un proyecto inconcluso y frustrado en lo que hoy es Colombia (Palacios, 1999). Por lo anterior, la discusión sobre los modelos de Estado “disciplinario” y “gubernamental” solo vino a ser el eje de la discusión durante la redacción de la nueva constitución política colombiana en 1991 (varios autores, 2002).

Esto lleva a que coexistan categorías espaciales correspondientes a: 1) la preocupación por la soberanía sobre el territorio nacional dada la disolución de redes locales de mercado en unas nacionales y globales, la narcotización del conflicto armado y la exigencia de derechos especiales para minorías étnicas; 2) la definición de una identidad nacional multicultural y derechos ambientales que interpretan desde el conservacionismo o el desarrollo sostenible de la naturaleza “prístina” y las minorías étnicas que la habitan; y 3) la definición biológica de los seres humanos y su regulación en relación con el medio geográfico, el clima, la urbanización y la ecología, para prevenir su degradación y prolongar la capacidad productiva de gente y entorno (Palacio, 2002; Escobar, 1994).

Con este telón de fondo, se puede tratar de dar sentido a la gran acogida y vigencia de la arqueología interesada en la descripción de objetos distribuidos sobre “áreas culturales” y la afirmación de identidades nacionales o locales. La invención de una continuidad cultural entre “indios” precolombinos y colombianos republicanos, permitió crear (pre)historias regionales y nacionales. Tal labor fue acompañada de descripciones del paisaje como espacio inerte, ahistórico, dado que lo relevante era describir la continuidad (o no) de tradiciones utilitarias premodernas, convertidas hoy en tradiciones artesanales e indicadores de esencias de identidad cultural: orfebrería, alfarería, talla en piedra, tejidos con fibras naturales, alimentación o forma de la vivienda “típicos” o “tradicionales”. Territorios jurídico-políticos contemporáneos (país, departamentos, municipios) han encontrado, de esa manera, un trasfondo histórico objetivo.

La representación del pasado de la arqueología colombiana calificada hoy como “tradicional” y asimilada con el enfoque “histórico cultural” (Gnecco, 1995; Langebaek 2003, 2005), ha sido construida, fundamentalmente, a partir de la creación de culturas materiales; es decir, la formulación de periodos cronológicos o de etapas culturales que caracterizaban el grupo humano del pasado (poseedor de dichas evidencias materiales), en un espacio concreto y permitían, metodológicamente, la

organización de los vestigios arqueológicos hallados. Se habla entonces en la región Calima de los ilama, los sotoco y los sonso o en el Alto Magdalena de Arcaico, Formativo, Clásico Regional y Reciente, por ejemplo. Este espacio homogeneizado y plano, cuyo contenido son vestigios típicos de cada “cultura”, se traduce en mapas de áreas culturales con los que se divulga la “Colombia Prehispánica” en museos y textos escolares (Botiva et ál., 1989; Botero, 2001; Lleras, 2004).

Paralelo a estos trabajos interesados en darles un contenido histórico a las entidades territoriales en las cuales se subdivide el Estado “soberano”, siempre hubo otros que no estaban únicamente interesados en construir secuencias arqueológicas locales sino también en evaluar modelos o ideas esquemáticas sobre la relación entre la gente y el medio físico.

Desde el Estado “disciplinador”, se favorece la individualización y, por tanto, el surgimiento de formas de conocimiento profesional mediante las cuales se puede conocer, clasificar, ordenar, inventariar y vigilar tanto el espacio físico como las relaciones sociales que se producen en el mismo. El paisaje no es entendido, desde esas perspectivas científicas, como un escenario pasivo en el que se ubican rasgos típicos de culturas autocontenidas, sino como un espacio donde se crea un sistema de relaciones sociales que se constituye en el nuevo interés de lo que luego será definido como pensamiento o intereses de tipo arqueológico.

En la época colonial (siglos xvii- xviii) el clima es pensado como favorecedor, o no, de administrativas que buscaban hacer eficiente al estado imperial español o a la naciente república colombiana, donde se impulsaron las ya mencionadas empresas de conocimiento y administración conocidas como la Expedición Botánica y la Comisión Corográfica, formas sociales análogas a la civilización europea. Y será en el contexto de las reformas Medir, cuantificar y describir razas, montañas y ríos, sin tomar en cuenta la manera como habían sido experimentadas por las poblaciones que allí habitaban o habitaron, era una forma de entender el paisaje como espacio sin historia, inerte, carente de memoria colectiva expresada en el paisaje mismo, sentando las bases para llegar a entender el paisaje como medio ambiente. Cronistas, viajeros, historiadores y luego arqueólogos, introducirían a la luz del pensamiento ilustrado las preguntas o intereses de tipo biológico (botánicos y zoólogos) que permitieron objetivar tanto el paisaje como las relaciones sociales amparadas por el mismo.

Paralelo a estos acontecimientos, a finales del siglo xix, en países como Holanda y Gran Bretaña se inicia la búsqueda del “paisaje no intervenido” por la época moderna; se busca el paisaje prehistórico y se añora la vida del paisaje natural, en función de la tendencia romántica del pensamiento que cuestionaba el objetivismo del pensamiento ilustrado y racionalista. Desde los centros industriales se concibe el campo como una herencia o pertenencia del hombre; la naturaleza, que para ese entonces estaba totalmente intervenida en Europa, se convierte en el paisaje y la nostalgia por el pasado idealiza el entorno aparentemente no “disciplinado” desde el pensamiento moderno y su imperativo de ordenamiento, clasificación y cuantificación

en función de la productividad. En Europa se generaliza el romanticismo en la literatura, en la música, en la arquitectura y en el arte; se aprecia en gran parte de las pinturas, por ejemplo, la creación de obras que pretenden reflejar la naturaleza inalterada.

La idea de arqueología del paisaje nace como dependiente de la conceptualización del paisaje romántico de finales del siglo XVIII. Los supuestos individualistas y seculares de la Ilustración permiten explicar para ese momento la existencia de los “salvajes”, a partir de su mayor o menor capacidad de uso de la razón y, por ende, de mayor o menor intervención o modificación de su entorno natural y animal: una de las bases para explicar la invención de la agricultura como resultado de mayor conocimiento de las plantas. Este último supuesto fue revaluado al encontrar, desde el funcionalismo procesual, que los cazadores conocían muy bien los ciclos de las plantas y no las domesticaron, y establecer lo costoso que resultaba ser agricultor en términos de mayor carga de responsabilidades (Redman, 1990; Langebaek, 1994).

En el Viejo Mundo, la arqueología que se interesa por los orígenes de las sociedades, colabora en la fundamentación de los nacionalismos y la formación de los estereotipos de identidad de cada país (Waterbolk, 1995; Sherratt, 1996), y el disciplinamiento de las memorias nacionales al descartar o diluir las historias regionales o de grupos étnicos en relatos nacionales (Fontana, 1994). Estas búsquedas están inmersas en los parámetros conceptuales de las escuelas histórico-culturales que están en auge para esa época.

Paralelo a ese interés generalizador, en Holanda, desde un enfoque ecologista del paisaje se crean y desarrollan metodologías de investigación desde la biología, pero con muchas influencias del romanticismo alemán. Se parte del principio de que el paisaje es una transformación del hombre y que pertenece a periodos concretos, por lo tanto, se considera el paisaje como un producto, una superposición de capas humanas transformadas (Waterbolk, 1995). Este enfoque propone modelos de adaptación (histórico-culturales), a través de recolección de datos del hábitat, prospecciones, excavaciones (grandes excavaciones en área, donde se realizan estudios estratigráficos y de planimetría) y la creación de colecciones de referencia; además, se implementa el uso de los diagramas culturales, los análisis de polen y de carbono 14, que serán empleados por la arqueología hasta nuestros días.

Para mediados del siglo XX, con el advenimiento de la ecología cultural (Mora, 2000), se institucionalizará el interés por la búsqueda de modelos generales sobre el comportamiento social naturalizado (condicionado por variables ambientales), que relega el historicismo interesado en la descripción de objetos “típicos” que se creen indicadores de culturas arqueológicas específicas. El paisaje cobra importancia en tanto subsistema que integra los sitios en un sistema de asentamientos y base material de las estructuras económicas y sociales (se presentan modelos básicamente cuantificables, regidos por lazos funcionales).

Varias formas de generar descripciones de los vestigios hallados se implementan o son acogidas por los arqueólogos en forma paralela. Están quienes cambian los mapas de distribución de yacimientos por la idea de patrones de asentamiento arqueológicos regionales (Drennan, 2000) que buscan representar no solo el medio ambiente sino también las respuestas a necesidades culturales específicas de los grupos humanos que habitan ese espacio. Además de incluir los estudios etnohistóricos, se enfatizan estudios regionales o microrregionales y sus relaciones con temas muy específicos tales como áreas de captación de recursos, redistribución de recursos grupal e intergrupal, tamaño de los lugares, centros periféricos, etc. (Steward, 1977; Binford, 1991; Renfrew y Bahn, 1993).

En Colombia, durante las décadas de 1970 y 1980 se desarrolla fuertemente la metodología propuesta por los holandeses dentro de los trabajos de investigación arqueológica. Los estudios palinológicos y estratigráficos fueron quizás los más utilizados y los cuales proporcionaron gran cantidad de datos para las siguientes investigaciones. Los análisis de suelos, polen y macrorrestos se centraron en la cordillera Oriental (Van der Hammen et ál., 1990; Correal, 1981, 1989 y 1993) y en El Amazonas (Herrera, 1987; Andrade, 1986; Cavelier et ál., 1991, 1995; Mora et ál., 1991) y se adelantaron estudios estratigráficos en el suroccidente Colombiano, en la región Calima (Bray et ál., 1987). Posteriormente se han formado colecciones de referencia (en antropología física, zooarqueología y paleobotánica) que, aunque no poseen la orientación teórica inicial, continúan utilizando y ampliando la metodología (Cavelier et ál., 1991; Morcote, 2001; Peña, 2001).

En Colombia, los resultados del énfasis funcionalista en la concepción del paisaje se puede apreciar en el estudio evolucionista de la “complejización social” realizado en el Alto Magdalena (Drennan, 2000), el cual inspiró muchos otros estudios del paisaje desde la propuesta metodológica del Reconocimiento Regional Sistemático, aplicado en proyectos desarrollados en Tierradentro (Langebaek et ál., 2001), la región cundiboyacense (Langebaek, 1995 y 1998), la Guajira (Langebaek et ál., 1998), San Agustín (Sánchez, 2000) y el eje cafetero (González y Barragán, 2001); en años más recientes, en Nariño y en Valle del Aburrá, en Antioquia (Langebaek et ál., 2002).

Del énfasis historicista y normativo de la tendencia histórico cultural, se pasó a un enfoque más materialista, al asumir tácitamente que entidades no observables, medibles o cuantificables, tales como las normas o la atribución de significados, habrían de constituirse a la luz de las variables susceptibles de ser observadas y calculadas: productividad del suelo, régimen climático, disponibilidad de agua, fuentes de materia prima para artefactos o bienes de intercambio.

Esta estrategia implicaba que solo es posible tener conocimiento de entidades que, en principio, pueden ser observadas. Se mencionan términos como “sociedad”, “cultura” o “símbolo”, solo con propósitos heurísticos dado que lo no observable se asume como epifenómeno en la explicación del comportamiento humano (Hernando, 1992). La sociedad funciona como una categoría taxonómica que se refiere

a individuos desestructurados que generan patrones de comportamiento gracias a principios del “cambio social” que hacen interactuar variables fundamentales (acceso a recursos, crecimiento demográfico, intercambio, ideología), que permiten comparar “sociedades”. El cambio en el comportamiento viene entonces a ser explicado en términos de cierta combinación de variables, una de las cuales son los sistemas de creencias.

En la arqueología anglosajona, hacia principios de la década de 1980, se cuestiona la arqueología procesual, donde se cuestiona la objetividad y se le da paso a los procesos cognitivos y de percepción, a los análisis estructurales y psicológicos para los estudios del paisaje (Hodder, 1987 y 1994; Shanks y Tilley, 1987).

Mientras se consolidaba el énfasis técnico derivado de la escuela holandesa, análoga al historicismo boasiano, se desarrolló la geografía humanista interesada en la geografía del comportamiento. En esta última, se destaca el estudio de la percepción, considerada como la función por la cual el espíritu se representa a sí mismo y se plasma en el espacio. El objetivo central de la geografía humana es lograr una aproximación holística del hombre con relación al espacio, para comprender la estructura y el significado del espacio visual que se logra a través de un método se reflexiona, observa y experimenta (Bailly, 1989). Es esta corriente teórica la que desarrolla la idea de los mapas mentales, que posteriormente serán trabajados o analizados como “mapas conceptuales”, concebidos como una imagen mental que ha sido retomada en los estudios de la arqueología (Ingold, 1986). De esta manera, paralela a la llamada arqueología contextual o postprocesual (Hodder, 1994), surge una más influida por la fenomenología y el estructuralismo, y que trata de aprovechar las técnicas de campo y laboratorio de las corrientes histórico-culturales y procesuales, sin caer en excesos culturalistas o relativistas postprocesuales (Criado, 1999; Hernando, 2002).

La perspectiva fenomenológica de Tilley (1994, 2008) asume que es la constitución del sentido el nivel desde el cual se ha de concebir la construcción o modificación del paisaje y, más concretamente desde el sentido que depende de procesos corporales de percepción y desplazamiento. El paisaje es el paisaje concebido desde una manera de experimentar el cuerpo y el espacio, luego es esa relación de percepción y experiencia la que habría de indagar para ir más allá de la búsqueda de patrones de ocupación del espacio que poco nos dirían sobre las experiencias traducidas en rutinas que modificaron el paisaje al ser vivido y no solo ocupado. Cómo hacer que se pase de esa experiencia universal concebida desde la filosofía fenomenológica a la experiencia histórica y particular que se aborda en contextos arqueológicos, es uno de los desafíos de ese reciente enfoque.

La arqueología cognitiva en Colombia ha sido poco desarrollada, aunque el interés por aspectos simbólicos comenzó en la década del 70 cuando algunos investigadores (Llanos, 1990 y 1995; Velandia, 1994) encontraron limitaciones en los enfoques historicistas o ecológico-culturales, para dar cuenta del surgimiento de las prácticas culturales cognitivas (en relación con la dimensión mortuoria de la

llamada cultura de San Agustín), sin reducirlas a un simple anexo de los cambios económicos, tecnológicos o medio ambientales. Sin embargo, el espacio en los trabajos arqueológicos en Colombia, no ha sido estudiado desde una dimensión simbólica que nos permita acercarnos a las estructuras subyacentes en la utilización de un espacio físico.

En resumen, encontramos que el paisaje fue entendido desde la Conquista del actual territorio colombiano, como un fenómeno al cual el hombre tuvo y tenía que adaptarse, o bien, tenía que haber domesticado o civilizado para hacerlo productivo y manejable (tala, quema, agricultura, ganadería). Este enfoque ordenó la diversidad de grupos en torno a esquemas evolucionistas, basados en el tiempo y los cambios, donde la realidad del pasado estaba representada en sí misma por el objeto. Se consideró que los paisajes habían cambiado poco y que, por lo tanto, los paisajes actuales podían ser utilizados como analogía para reconstruir el paisaje del pasado.

La independencia dio paso a una incipiente vida republicana (1819-1880), definida por el conflicto entre los modelos de sociedad liberal y secular y el modelo conservador y confesional, que derivó en guerras civiles y constantes cambios de constitución política. A mediados del siglo XIX-XX, se consolidó una versión científica de la arqueología muy influida por la formación del Estado-nación y sus subdivisiones administrativas. En esa medida, prehistorias nacionales y regionales son el denominador común de la arqueología latinoamericana para ese momento.

En medio de ese conflicto, se generaron preguntas y narraciones arqueológicas “colombianas”, modelo de las regionales (antioqueña, nariñense, vallecaucana), donde el enfoque que más favorecía intereses nacionalistas (conservadores o liberales) fue el histórico-cultural. El mecanismo explicativo fue el de la difusión y la descripción de las diferencias. La técnica de representación de datos fue la descripción detallada de objetos para resaltar parecidos y diferencias culturales desde lo que se suponían sus expresiones objetivas: vasijas de cerámica, metalurgia, estatuas, vestido o idioma.

El paisaje fue pensado en términos cuantitativos dado su lugar instrumental dentro del pensamiento moderno que comenzaba a asentarse. Así, las descripciones del siglo XIX o aquellas impulsadas desde la escuela difusionista de los arqueólogos pioneros colombianos, eran parecidas en tanto el espacio era pensado en términos de recursos útiles del mar o los ríos, topografía apta para la ocupación o suelos susceptibles de ser aprovechados para el cultivo.

Hacia la década de 1960, tanto en el Primer Mundo, Latinoamérica y Colombia, surge una notable variedad de enfoques conceptuales; con respecto al espacio físico, se destaca la reducción de la interacción hombre-entorno, a un enfoque donde las relaciones sociales se entendieron en términos de comportamientos o efectos de los mismos que podrían reconstruirse arqueológicamente. Qué utilidad o función tuvo cierta topografía, río, suelo o clima, fue el interrogante común a las orientaciones histórico-culturales o las variantes procesuales (ecología cultural, evolucionismo) que cohabitan desde la década de 1980 en el contexto colombiano. Ya sea que se

utilicen diversas expresiones como paisaje, medio ambiente o espacio, el énfasis estaba dirigido a implementar “el proyecto ‘modernizador’ adoptando el modelo empirista-positivista-funcionalista” (Criado, 1999: 4).

Diversas formas de ver e interpretar el paisaje en Occidente

Como se dijo anteriormente, el objetivo de este artículo es evidenciar que la expresión “paisaje” recibe múltiples contenidos de acuerdo con el contexto profesional o disciplinario en el que se use. Dar cuenta de lo que entendemos por paisaje y más específicamente por “paisaje arqueológico”, no puede reducirse a una definición, puesto que ese contenido obedece a una teoría precisa que requiere, para el caso, ser presentada.

A continuación se exponen los contenidos elaborados, por medio de una propuesta personal de clasificación, que creo, son los que con más frecuencia determinan lo que se considera registro arqueológico útil para inferir en forma indirecta los modelos de ocupación, uso y modificación del espacio.

El paisaje desde la oposición natural/artificial

La oposición entre lo que se considera natural y lo artificial se remonta al nacimiento del mundo moderno cuando la vida (humana y no humana) es objeto de análisis, con el fin de planificar su dominio y control (Criado, 1991b; Hernando, 2002). El paisaje, desde esta perspectiva, es, por lo tanto, lo que existe con independencia de la intervención del ser humano. En esa medida, ese espacio “dado” es un espacio físico que es transformado por fenómenos naturales catastróficos (terremotos, inundaciones, volcanes). O bien, puede llegar a ser modificado o eventualmente destruido por la mano “irracional” del “ser humano”: explotación agrícola intensiva, contaminación, etc.

En términos arqueológicos, este tipo de “paisaje” es el que puede ser medido o catalogado, gracias a indicadores modernos relacionados con las ciencias auxiliares de la producción capitalista: agrología, geología, hidrología, entre otras. Un resultado indirecto de este enfoque es que se descarta la naturaleza teórica de tal tipo de descripciones y catalogaciones de los fenómenos materiales. Las descripciones se vuelven hechos objetivos acerca del pasado, y la manera como se defina paisaje no afecta la práctica arqueológica, puesto que no agregan nada nuevo a nuestro conocimiento sobre el pasado sino que se entiende apenas como un ejercicio de tipo semántico. Dicho de otra manera, la observación arqueológica viene a ser dependiente de las modificaciones “palpables” y mensurable en el paisaje: si no hay alteraciones (artificiales) de lo natural, no hay evidencias de lo humano en el registro arqueológico. En este caso, la noción de “evidencia” asume que los sentidos o significados operan o existen en un plano diferente al del uso de un espacio (ver distinción mapa/territorio en la oposición comportamiento/

creencias, más adelante). Ese tipo de datos son los que alimentan, en parte, la noción de paisaje en trabajos catalogados como “histórico-culturales” o “procesuales”.

El paisaje desde la oposición materia/idea (o cuerpo/mente)

La perspectiva “dualista” concibe la mente como algo que existe en una esfera del universo material diferente a la del cerebro. Ese dualismo, cartesiano en principio, se extendió a las ciencias sociales y se tradujo en polémicas entre “materialistas” e “idealistas”. Unos y otros abogaban por la independencia entre los fenómenos físicos y sociales. Eso implicaba que se podía, por ejemplo, estudiar el espacio sin problematizar la cultura, y viceversa.

En el caso del paisaje, al ser definido como aquello material que puede ser conocido (medido, cuantificado) por medio de los sentidos, se supone que el paisaje existiría en forma independiente de las ideas que se tengan sobre el mismo. El enfoque dualista es común a la arqueología conocida como “histórico cultural” y la “procesual”, el paisaje es entendido como un espacio geográfico compuesto por la suma de elementos constantes: formaciones geológicas, suelos, flora y fauna. La descripción detallada de tal tipo de elementos sería entonces una parte importante e inicial de todo informe arqueológico. En otras palabras, el espacio es entendido o asumido como un ente pasivo sobre el cual se asienta un grupo humano que puede aprovechar o no los recursos disponibles (Criado, 1999).

Por el lado procesual, el contenido de la expresión paisaje supone la noción de “medio ambiente”, más concretamente, la adaptación a ese medio ambiente gracias a la cultura (“medio extrasomático” en la versión original de Lewis Binford tomada de Leslie White). Se elaboran modelos paleoeconómicos y paleoambientales que toman en cuenta el cambio de los paisajes, pero sobre todo la manera como esos cambios modificaron la cultura “adaptada”, hasta ese momento, a un ambiente en particular (Criado, 1991b: 15).

La noción económica de la naturaleza (recursos aprovechables o no) asume un enfrentamiento naturaleza-cultura en el que la cultura existe en función de definir el potencial agrícola de un suelo, o la cantidad de biomasa disponible que puede ser consumida por un grupo de cazadores en un espacio dado. Lo que un agricultor o un cazador piensen con respecto a esos recursos no tiene relevancia al momento de crear los modelos que tratan de explicar uno u otro tipo de actividades. El cambio cultural es visto entonces como el producto de desbalances internos provocados por desbalances externos. En la medida en que las condiciones se mantengan estables, se asume que no habría razones suficientes para que se produjeran cambios en de los grupos humanos.

El paisaje desde la oposición partes/todo

El paisaje, ya sea que se trate como un espacio pasivo o como un medio al que hay que adaptarse, se puede entender desde la arqueología a diversas escalas o en función

de dimensiones analíticas adoptadas. La manera como se relacionan tales escalas o dimensiones varía de acuerdo con el autor: para unos se complementan, para otros son dimensiones de la misma realidad. Pero sean complementos o partes del todo, no es evidente por qué se seleccionan esas variables y no otras, es decir, no es evidente cuál es el “todo” o la “realidad” a la que tratan de referirse.

Esto tiene consecuencias en la manera como se diseñan los modelos que tratan de dar cuenta del “paisaje” desde un enfoque histórico-cultural, en el que una “cultura” o un “periodo” de esa cultura se habría caracterizado por crear cierto tipo de paisaje u ocuparlo de cierta manera considerada “característica”. El procesualismo ecológico cultural o neoevolucionista, se tendría en cuenta si el “medio ambiente” es una variable a la cual hay que adaptar la organización social o cultural; o bien, es una variable menos biológica y más económica en tanto alberga recursos que pueden o no ser aprovechados o multiplicados en los procesos de complejización social, ocurridos dentro de una región considerada como un sistema.

Tal tipo de consideraciones parte de asumir las oposiciones ya expuestas y asume una más: paisaje y grupo humano son partes diferenciables de un todo epistemológico pero no ontológico. Y aquí vale la pena hacer una aclaración y distinción al respecto de estos términos, acorde con la propuesta de John R. Searle (2001).

Ontológico es todo aquel fenómeno que trata de ser conocido por el ser humano, y epistemológico son los medios que usa el ser humano para conocer esos fenómenos. Dicho de otra manera, una cosa eran los seres humanos que los conquistadores tenían al frente la primera vez que los vieron, y otra cosa fue la manera como fueron nombrados o representados visualmente para poder hacerlos comprensibles desde el tipo de pensamiento de los conquistadores de ese momento: bárbaros, salvajes, indios, orejas grandes, pies que servían de sombrilla, desnudos, entre otros.

Pero lo ontológico y lo epistemológico también pueden ser entendidos en forma subjetiva y objetiva. Es decir, pueden existir independientemente del observador o con relación al observador. Los fenómenos ontológicamente objetivos existen independientemente del observador: suelos, flora, fauna. Los fenómenos ontológicamente subjetivos existen en relación con el observador: un dolor de cabeza puede ser sentido por el sujeto que lo padece pero no por un observador externo. Pero también las instituciones a partir de las cuales se organizan los grupos humanos y que definen como verdaderos o falsos ciertos eventos culturales: billetes falsos o verdaderos, curas falsos o verdaderos.

Las descripciones epistemológicamente objetivas pueden evaluarse en términos de verdadero/falso. Por ejemplo, un suelo es fértil o no lo es, en tanto tiene propiedades físicas y químicas aptas para la germinación de plantas. La gente puede subsistir con determinada cantidad de agua por día. La cantidad de ceniza volcánica arrojada en determinado momento es menor a la de erupciones anteriores. Dicho de otra manera, se tiene un referente de las proposiciones que se expresan en cierto momento.

Las descripciones epistemológicamente subjetivas tienen que ver con creencias, intereses, deseos y valores del observador. Cierta tipo de suelos o topografía “son favorables para el asentamiento humano” en relación con cualidades ontológicamente objetivas de esos suelos (p. ej. cantidad de nitrógeno), pero la idea de que cultivar o asentarse sea deseable no es algo que tenga que ver con las propiedades físicas del suelo, sino con una valoración acerca del tipo de entorno deseable para un grupo humano, y lo que ese grupo humano “en abstracto” tendría que hacer para vivir “humanamente”. Es decir, en una forma valorada positivamente por el racionalismo de tipo moderno (Criado, 1999 y 2001a; Hernando, 2002).

El paisaje sería definido desde perspectivas modernas dualistas, para retomar la distinción hecha atrás, como las partes se diferenciarían solo en los modelos explicativos (lo epistemológicamente objetivo) pero que no se refieren a sociedades como un todo, sino a agrupaciones de individuos o a la suma de variables (lo ontológicamente subjetivo), y, dado que la sociedad es una suma, para comprenderla hay que concebirla como una suma de variables autónomas o complementarias. De esta forma, el paisaje ya sea entendido como un entorno pasivo o algo que determina el tipo de respuestas sociales producidas, sigue siendo un fenómeno que se define con independencia tanto de las creencias institucionalizadas de la gente que pueden ser cuantificados y que existieron y existen independientemente de esas creencias.

El paisaje desde la oposición comportamiento/creencias

La forma como la gente se organiza en un espacio, y deja huellas materiales de su presencia en o sobre el mismo, sería algo que ocurre en forma independiente de la manera como percibe o interpreta ese espacio (Drennan, 2000: 8). En esa medida, la ocupación del espacio sería definida desde nociones como patrón de asentamiento, expansión o contracción de unidades políticas (tribus, estados), aprovechamiento de recursos o densidad demográfica.

Las evidencias de esas variables son cuantificables o mensurables, lo que permite evaluar modelos en los que son incluidas para explicar la adaptación a un espacio o la existencia de una jeraquización social. Esto lleva luego a poder comparar diferentes casos en busca de regularidades y particularidades al respecto de sus adaptaciones o complejizaciones políticas.

En esa medida, las creencias no son cuantificables y por ende no son un índice confiable. Las creencias serían, por decirlo de alguna manera, “pasivas”, mientras que el comportamiento denotaría “actividad”, y esa actividad sería la generadora de registro arqueológico y modificaciones en el paisaje. Esta dicotomía supone la autonomía de cada uno de los campos, lo cual puede ser factible, pero es, probablemente, consecuencia de entender la vida en sociedad como una suma de eventos y no como una selección e integración de variables relevantes y no relevantes para la comprensión de una realidad.

Dicho de otra forma, una cosa es el mapa (las creencias o representación) y otra sería recorrer el territorio (el comportamiento). Las elecciones o acciones (un partido de fútbol, la construcción de un campo de cultivo) tomadas en grupo han de ser planificadas y acordadas de antemano, deben ser predecibles. Para el efecto se ha de haber asumido una serie de normas (códigos culturales) que no son parte del territorio, sino del mapa. Y al medir el territorio se interpretan las huellas en el mismo como indicadores de cierto tipo de mapas (adaptación, complejización social). Así, artefactos líticos o tumbas son tomados en cuenta, o no, según se vean, como parte del territorio (comportamiento mensurable).

Debido a lo anterior, se consideran como “parte del paisaje” aspectos inmóviles o naturales que se pueden percibir por medio de los sentidos, y no se considera relevante el “mapa” a partir del cual cada grupo puede “organizar” y “controlar”, no ya los elementos físicos de ese paisaje, sino los significados atribuidos a las relaciones entre esos elementos y el grupo que lo usa, habita, depreda, cultiva, modifica o preserva.

Si esta dicotomía se conceptualiza a partir de la “correspondencia estructural entre concepto de espacio y estrategias socio-culturales” (Criado, 1991b: 15), es posible trascender estos supuestos funcionalistas o mecanicistas que consideran como una esfera aparte el orden simbólico e ideológico. Y en esa medida, por defecto, se considera que lo “no material” es relevante, porque otras variables no explican la ocupación de cierto tipo de suelos o la construcción de cierto tipo de tumbas o monumentos “no prácticos” o funcionales (Drennan, 1995, 2000; Langebaek et ál., 1998).

Una posible lectura, una posible propuesta

La última oposición presentada, para abordar el paisaje, comportamiento/creencias, de cierto modo cubre la propuesta metodológica que plantea el Laboratorio de Arqueología del Paisaje de la Universidad de Santiago de Compostela, dirigido por el profesor Felipe Criado —1999— (actualmente pertenece al Instituto Padre Sarmiento del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC), como una herramienta para conocer el sentido atribuido por los grupos humanos prehistóricos (en el caso europeo) o, si quisiéramos, prehispánicos (para el caso colombiano) al espacio físico que habitaron, es decir, usar el paisaje como una herramienta de análisis para la identificación de modelos espaciales en grupos humanos.

Se define paisaje, desde esta perspectiva, como la experiencia organizada que tiene un grupo humano de un espacio físico (cómo se percibe y valora), al tener que elegir posibles acciones sobre ese espacio, de acuerdo con la manera como se representa a sí mismo en relación con el espacio (Criado, 2001a; Hernando, 2002). Así, se propone estudiar el paisaje como una construcción social (ontológicamente subjetivo) del espacio físico (ontológicamente objetivo). Se parte del supuesto de que antes de ser usado el espacio es percibido. Y el espacio físico (lo dado) es interpretado para poder ser comprendido, organizado y usado. Se construye no lo físico, sino la manera de percibir eso que existe independientemente de los observadores indivi-

duales, pero sí en relación con el grupo (la estructura ontológicamente subjetiva). Se actúa sobre el medio no solo en términos instrumentales de su modificación objetiva, sino también en forma simbólica, al nombrarlo o clasificarlo de cierta manera, sin que eso modifique en ese momento sus propiedades físicas (Criado, 2001b: 2).

Es decir, una cosa es el barro con el que se va elaborar una vasija y otra cosa es la idea de la vasija que se ha de elaborar. Pero ese barro (el espacio) no puede ser de cualquier tipo, sino que debe estar de acuerdo con el tipo de vasija (modelo de paisaje) que se quiere elaborar (experimentar). El barro sería entonces lo que está “en contacto” con los sentidos (puede medirse), se percibe como bueno para elaborar una olla al entrar en contacto con el mismo, pero la noción de buena o mala materia prima debe existir en un código cultural, antes de tocar el objeto físico. Antes de usarse para elaborar una vasija ya debe existir en forma cultural, ya ha sido nombrado y clasificado.

En la arqueología del paisaje el espacio físico (el entorno), lo que se hace en el mismo (acciones) y la forma de planificar o tener opciones acerca de lo que se va a hacer (el imaginario), están concebidos como tres dimensiones diferentes del paisaje (física, social y simbólica) que nos proporcionan información específica para estudiar el proceso de construcción de un espacio. Cada dimensión proporcionará diversos aspectos de los procesos y formas de culturización del medio físico (o espacio) a través de la historia (Criado, 2001a).

A la manera de una muñeca rusa (*matrioska*), podemos ocuparnos del nivel básico que se abordaría desde la geología o la edafología sin tener que ocuparnos de las dimensiones social y simbólica. Pero eso implicaría que la comprensión de ese nivel que solamente se puede descomponer en términos de la física o la química, estaría siendo abordado desde analogías tácitas o implícitas del investigador sobre lo considerado productivo o tabú en términos de ocupación y uso del suelo. El reto es encontrar las muñecas o niveles que crearon los productores de ese paisaje desde nuestros propios modelos. Es preciso diferenciar unos de otros, para no atribuir experiencias vividas desde ciertas estructuras de pensamiento que resultarían ajenas al pasado pero naturales desde el presente.

No se trata la arqueología de una fórmula para definir estructuras simbólicas desde las que era pensado el paisaje que tenía su contraparte física o en términos de relaciones sociales, sino de un método de trabajo que puede aprovechar la información de diferentes formas de entender la arqueología y la reconstrucción del pasado (histórico cultural y descriptiva e inductiva, o procesual y nomológica o deductiva), que define como su objeto de estudio la posibilidad de llegar a comprender la experiencia de producir paisajes no en el ámbito del relativismo cultural, sino de los puentes interpretativos que permiten compararlas en cuanto al uso particular dado a estructuras de pensamiento más universales. Qué tanto se ha logrado localmente corresponde evaluarlo no solo en términos de patrones de ocupación del espacio, sino de comprensión de los modelos de pensamiento que tuvieron una existencia histórica si bien no aislada de las posibilidades de pensamiento no modernas (Gómez 2008).

El análisis del paisaje desde la articulación de estas tres dimensiones espaciales puede adelantarse aplicando el modelo planteado por la arqueología del paisaje como un método de trabajo que consta de cuatro fases (Criado, 1999; véase tabla 1).

Tabla 1. Propuesta metodológica de arqueología del paisaje a partir de Criado (1999)

Objeto. Espacio representado: Paisaje	
Dimensiones de análisis	Fases
Físico. Entorno físico o matriz medioambiental de la acción humana se estudia mediante disciplinas como la paleoecología y la geoarqueología (Criado, 1999: 6).	1. Modelo concreto hipotético (MCH). “La <u>primera fase</u> del análisis se centra en el estudio de un rango específico de fenómenos, tomado a la escala de un determinado nivel de articulación espacial, por ejemplo: la arquitectura de las unidades domésticas, el emplazamiento de los monumentos funerarios o la decoración cerámica [...] El objeto de esta fase es (primero) establecer <i>la forma básica o patrón formal invariante</i> [...], y (después) definir un Modelo Concreto Hipotético (MCH) de la organización espacial [...]” (Criado, 1999: 13-14).
Social. “[...] el espacio en cuanto a entorno social o medio construido por el ser humano y sobre el que se proceden las relaciones entre individuos y grupo [...]” (Criado, 1999: 6)	2. Modelo general hipotético (MGH) “La <u>segunda fase</u> del análisis se centra en el estudio de otros niveles de articulación espacial del mismo ámbito fenomenológico considerado, por ejemplo: la arquitectura del asentamiento y el uso del espacio doméstico, la arquitectura tumular y la distribución de las pinturas murales en un monumento megalítico, la obtención de las materias primas cerámicas y la funcionalidad de los productos cerámicos. Así, una vez que se ha desprendido el MCH o esquema formal del nivel espacial inicialmente considerado, se compara con los esquemas formales derivados del análisis de esos otros niveles con el fin de evaluar el grado de correspondencia entre unos y otros [...]” (Criado, 1999: 14)
Simbólica. “[...] entorno pensado o medio simbólico que ofrece las bases para desarrollar y comprender, la apropiación humana de la naturaleza [...]” (Criado, 1999: 6).	3. Modelo Concreto Ideal (MCI). “La <u>tercera fase</u> del análisis se centra, en cambio, en la revisión de ámbitos fenomenológicos diferentes al considerado hasta ahora con el fin de poderlos comparar entre sí; por ejemplo: el análisis comparativo de los tres ámbitos a los que nos venimos refiriendo como ejemplos. Se trata de contrastar la coherencia del modelo anterior considerando en detalle ámbitos distintos de acción social...para <i>comprobar si en ellos reaparece el mismo modelo ideal</i> o, en todo caso, transformaciones de este [...]” (Criado, 1999: 14). “...El objetivo del estudio es (primero) establecer la estructura organizativa o modelo estructural de la que dependen las diferentes formalizaciones empíricas de ese ámbito del saber, lo que de hecho constituye un Modelo Concreto Ideal (MCI) de articulación espacial o, en sentido estricto, código [...]” (Criado, 1999: 14). “[...] La correspondencia entre los códigos que se descubran en cada ámbito (o zona) permitirán definir el <i>Modelo Genérico Ideal</i> (MGI) y describir lo que, de hecho, constituye el modelo estructural de una determinada regularidad de organización espacial, entendido este como el <i>código genérico</i> en el que se basan las correlaciones entre las diferentes formas y dimensiones del paisaje cultural [...]” (Criado, 1999: 14).
	4. Modelo general ideal (MGI). “[...] <u>cuarta fase</u> de carácter muy distinto a las anteriores, ya que en ella el análisis se sale del contexto cultural único que hasta ahora se estaba considerando... Se traslada en cambio a otros contextos (cronológicos y espaciales) culturales distintos y distantes, lo que permite contraponer los resultados obtenidos a la <i>otredad</i> , compararlos con situaciones que dependen de patrones de racionalidad diferente o semejantes (nunca homólogos). Al tratarse de contextos muy distantes, no hay riesgo alguno de que las similitudes y diferencias se puedan poner en relación con procesos de conservación o inversión de una determinada tradición cultural. En cambio, las concordancias y discordancias entre las situaciones comparadas nos pondrán sobre la pista de principios y normas que funcionan en todos los casos y que, si no son transparentes en el caso estudiado, pueden en cambio ser más visibles en el caso comparado. Así, una vez desprendidos los modelos genéricos (MGI) de cada periodo o regularidad espacial, se comparan con los de contextos, zonas o periodos culturales que no tienen nada que ver entre sí, con el fin de examinar las conjunciones y disyunciones más notables entre ellos [...]” (Criado, 1999: 14-15)

Para finalizar, es posible pensar que en alguna o en todas las anteriores formas de ver e interpretar el paisaje en occidente, se encuentren visos de claridad conceptual que den respuesta a la necesidad de los arqueólogos de comunicarse fluidamente para lograr acercarse al hombre, en nuestro caso prehispánico, de un manera holística, como un elemento más de los continuos cambios de las naturales y como un actor principal en los cambios sociales de los grupos humanos.

La propuesta planteada por el Grupo de Investigaciones en Arqueología del Paisaje de la Universidad de Santiago de Compostela, presenta una opción teórico-metodológica útil para los propósitos de investigación que nos interesa, allí se esbozan y explican unos principios básicos que permiten construir modelos conceptuales con los cuales se logra mediar entre la “realidad” actual y la “realidad” del pasado. Sin embargo, esta propuesta no es la única y posiblemente no es la mejor, pero sí es una herramienta que merece ser conocida y puesta en práctica.

No podemos olvidar que ese conjunto de representaciones hipotéticas (modelos) pretende reproducir algunos aspectos de la realidad, estableciendo suposiciones simplificadoras que pueden llegar a ser confirmadas o falseadas. Pero es de suma importancia ser prudente en la aplicación de un modelo y ser consecuentes en su uso. El modelo pretende explicar la realidad pero nunca la realidad debe ser forzada para acomodarse al modelo; los modelos deben ser cuestionados, revisados y reacondicionados constantemente, para garantizar que sean buenos intermediarios entre el conocimiento y la realidad a la cual intentamos aproximarnos.

Referencias bibliográficas

- Andrade, Ángela (1986). *Investigación arqueológica de los antrosoles de Araracuara*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, N.º 31.
- Archila, Sonia (1993). “Medio ambiente y arqueología en las tierras bajas del Caribe colombiano”. En: *Boletín del Museo del Oro*, Banco de la República, Bogotá, N.º 34-35, pp. 11-164.
- Bailly, Antoine (1989). “La geografia dellerepresentazioni: spaziperceptive e spazivissuti”. En: Dagradi, P. (ed.). *I concettidellageografia humana*. Ed. Paton, Bologna, pp. 175-190.
- Barona, Guido (1993). *Legitimidad y sujeción: los paradigmas de la “invención” de América*. Premios Nacionales de Cultura 1993. Bogotá, Colcultura.
- Binford, Lewis J. (1991 [1983]). *En busca del pasado*. Crítica, Barcelona.
- Botero, Clara Isabel (2001). “De la presentación a la representación: el pasado prehispánico en el Museo Nacional de Colombia”. En *La arqueología, la etnografía, la historia y el arte en el Museo*. Ministerio Cultural-Museo Nacional de Colombia. Bogotá, pp. 51-59.
- Botero, Sofía (2002). “Entre rocas, espacios sagrados. Actividad humana antigua en los organales de Titiribí, Antioquia, Colombia”. En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 16, N.º 33, pp. 77-99.
- Botiva, Álvaro; Cadavid, Álvaro Gilberto; Herrera, Leonor; Groot, Ana María y Mora, Santiago (1989). *Colombia prehispánica. Regiones arqueológicas*. Colcultura-Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

- Bradley, Richard; Criado, Felipe (1994). "Los petroglifos como forma de apropiación del espacio: algunos ejemplos gallegos". *Trabajos de prehistoria*, Vol. 51, N.º 2, pp. 159-168.
- Bray, Warwick (1995). "Searching for environmental stress: climatic and anthropogenic influences on the landscape of Colombia". *Archaeology in the lowland american tropics. Current analytical methods and applications*, Editado por P. Stahl, pp. 96-112, Cambridge: Cambridge University Press.
- Bray, Warwick; Herrera, Leonor; Cardale, Marianne y Botero, Pedro (1987). "He ancientagricultura llandscape of Calima, Colombia" (1985). En: *Oxford BAR International*. Ponencia Presentada al 45 congreso de Americanistas 1985 de Bogotá, pp. 443-481.
- Cárdenas, Felipe (1996). *Complex societies in prehispanic Colombia: the Tairona as case study. Chief-tains, power & trade: regional interaction in the intermediate area of the Americas*. Eds. Carl Langebaek y Felipe Cárdenas. Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 63-74.
- Cavelier, Inés; Mora, Santiago y Herrera, Luisa Fernanda (1987). "Fracción de espacio: Amazonas. Arqueología". En: *Revista de Estudiantes de Antropología*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, N.º 3, pp. 4-12.
- Cavelier, Inés; Rodríguez, Camilo; Herrera, Luisa Fernanda; Morcote, Gaspar y Mora, Santiago (1995). "No solo de caza vive el hombre: ocupación del bosque amazónico, Holoceno temprano". En: Cavelier, Inés y Mora, Santiago (eds.). *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*. Erigaie-Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp. 27-44.
- Cavelier, Inés; Rodríguez, Camilo; Mora, Santiago; Urrego, Cristina y Herrera, Luisa Fernanda (1991). "Informática y ecología humana: alternativa sistemática". En: *Boletín del Museo del Oro*, Banco de la República, Bogotá, N.º 31, pp. 132-137.
- Cooke, Richard (1993). "Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en la baja Centroamérica y partes de Colombia (Región histórica Chibcha-Chocó)". En: *Revista de Arqueología Americana*, pp. 35-67.
- Correal, Gonzalo (1993). "Nuevas evidencias culturales pleistocénicas y megafauna en Colombia". En: *Boletín de Arqueología*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, Vol. 8, N.º 1, pp. 3-12.
- _____ (1989). *Aguazuque: evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la Cordillera Oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
- _____ (1986). "Apuntes sobre el medio ambiente pleistocénico y el hombre prehistórico en Colombia". En: Bryan, A. (ed.). *New Evidence for the Pleistocene Peopling of the Americas*. Center for Study of Early Man, University of Maine, Orono, pp. 115-131.
- _____ (1981). *Evidencias culturales y megafauna pleistocénica en Colombia*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, N.º 14.
- Correal, Gonzalo y Van der Hammen, Thomas (1977). *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama. 12.000 años de historia del hombre y su medio ambiente en la altiplanicie de Bogotá*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.
- Criado, Felipe (2001a). "Problems, functions and conditions of archaeological knowldege". En: *Journal of Social Archaeology*, Vol. 1 N.º 1, pp. 126-146.
- _____ (2001b). *Hacia una arqueología del paisaje*. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela. Inédito.
- _____ (1999). "Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje". En: *Capa: Cuadernos de arqueología y Patrimonio*, N.º 6.

- Correal, Gonzalo (1991a). *Arqueología del paisaje: el área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (campanas de 1987, 1988 y 1989)*. Xunta de Galicia.
- _____ (1991b). "Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje". En: *Boletín de Antropología Americana*, N.º 24, pp. 5-29.
- Dever, Alejandro (1999). "El paisaje arqueológico en Tierradentro: una aproximación al análisis de visibilidad de poblaciones prehistóricas". En: *Arqueología del Área Intermedia*. Bogotá, N.º 1, pp. 9-48.
- Drennan, Robert (2000). *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- _____ (1995). "Mortuary practices in the Alto Magdalena: the social context of the 'San Agustín Culture'". En: Dillehay, Tom. (ed.). *Tombs for the living: power, economy, and ideology*. DumbartonOkas, Washington, pp. 79-110.
- _____ y Quattrin, Dale (1995). "Patrones de asentamiento y organización sociopolítica en el valle de la Plata". En: Gnecco, Cristóbal (ed.). *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*. Universidad del Cauca, Popayán, pp. 85-108.
- Drennan, Robert; Herrera, Luisa Fernanda y Piñeros, Fernando (1989). "El medioambiente y la ocupación humana". En: Herrera, Luisa Fernanda; Drennan, Robert y Uribe, Carlos (eds.). *Cacicazgos prehispánicos del Valle de La Plata: el contexto medioambiental de la ocupación humana*. University of Pittsburgh, Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 226-233.
- Eco, Umberto (1985). *Tratado de semiótica general*. Lumen, Barcelona.
- Escobar, Arturo (1994). "El desarrollo sostenible: diálogo de discursos". En: *Revista Foro*, N.º 23, Bogotá, pp. 98-112.
- Falchetti, Ana María y Plazas, Clemencia (1973). "El territorio de los Muisca a la llegada de los españoles". En: *Cuadernos de Antropología*, Universidad de Los Andes, N.º 1, Bogotá.
- Fontana, Josep (1994). *Europa ante el espejo*. Crítica, Barcelona.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Gamble, Clive (2002). *Arqueología básica*. Ariel prehistoria, Barcelona.
- Gnecco, Cristóbal (1995). "Praxis científica en la periferia: notas para una historia social de la arqueología colombiana". En: *Revista Española de Antropología Americana*. Universidad Complutense, Madrid, Vol. 25, pp. 9-22.
- _____ y Aceituno, Javier (2004). "Poblamiento temprano y espacios antropogénicos en el norte de Suramérica". En: *Complutum*, N.º 15, Madrid, pp. 151-164.
- Gómez, Alba Nelly (2008). *Del espacio al paisaje prehispánico. El caso de la cuenca del río Coello (Tolima, Colombia)*. Tesis Doctoral. Universidad de Madrid. España.
- _____ (2005). "Arqueología colombiana; alternativas conceptuales recientes". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia. Medellín, N.º 36, pp. 198-231.
- González, Víctor y Barragán, Carlos (eds.) (2001). *Arqueología preventiva en el eje cafetero. Reconocimiento y rescate arqueológico en los municipios jurisdicción del Fondo para la Reconstrucción del Eje Cafetero, FOREC*. Convenio Instituto Colombiano de Antropología e Historia-FOREC-SECAB, Bogotá.
- Groot, Ana María y Hooykaas, Eva María (1991). *Intento de delimitación del territorio de los grupos étnicos Pastos y Quillancingas en el altiplano nariñense*. Fundación de investigación arqueológica, Banco de la Republica, Bogotá.

- Hernando, Almudena (2002). *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid.
- _____ (1992). “Enfoques teóricos en arqueología”. En: *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, N.º 1, pp. 11-35.
- Herrera, Leonor (1987). “Amazonia colombiana”. En: *Colombia Prehispánica. Regiones arqueológicas*. Colcultura-ICAN, Bogotá, pp. 201-210.
- _____; Cardale de Schrimppff, Marianne y Bray, Warwick (1990). “La arqueología del paisaje en la región Calima”. En: *Ingenierías prehispánicas*. Fondo FEN, Colombia, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp. 111-150.
- _____ (1982-1983). “El hombre y su medio ambiente en Calima (altos ríos Calima y río Grande, Cordillera Occidental)”. En: *Revista Colombiana de Antropología*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, N.º 24, pp. 381-424.
- Hodder, Ian (1994). *Interpretación en arqueología: Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
- _____ (1987). *The Archaeology of contextual meanings*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Ingold, Tim (1986). *The appropriation of nature*. University Press, Manchester.
- Johnson, Matthew (2007). *Ideas of Landscape*, Blackwell Publishing.
- Langebaek, Carl (2009). *Herederos del pasado. Indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*. Tomo I. Universidad de los Andes, Bogotá.
- _____ (2005). “Arqueología colombiana: balance y retos”. En: *Arqueología Suramericana*. Universidad del Cauca-World Archaeological Congress, Popayán, N.º 1, pp. 96-114.
- _____ (2004). “Historia y arqueología. Encuentros y desencuentros”. En: *Historia Crítica*, Bogotá N.º 27 (enero-junio), pp. 111-134.
- _____ (2003). *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Colciencias, Bogotá.
- _____ (1998). *Propuesta para un estudio regional del Valle de Leiva*. Universidad de los Andes. Bogotá, Informe inédito.
- _____ (1995). *Arqueología regional en el territorio muisca. Estudio de los valles de Fúquene y Susa*. Memoirs in Latin American Archaeology N.º 9, University of Pittsburgh, Department of Anthropology-Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, Pittsburgh.
- _____ (1994). “Dieta y desarrollos prehispánicos en Colombia: durante diez mil años el indígena presentó resistencia a la agricultura”. En: *Credencial Historia*, Bogotá, N.º 60, pp. 4-7.
- _____; Dever, Alejandro y Blick, Jeffrey (2001). “Arqueología en Tierradentro: cambios sociales y ocupación del espacio”. En: *Historia, geografía y cultura del Cauca. Territorios posibles*. Tomo II. Corporación Autónoma Regional del Cauca-Lotería del Cauca-Universidad del Cauca, Popayán, pp. 325-338.
- Langebaek, Carl; Cuéllar, Andrea y Dever, Alejandro (1998). *Medio ambiente y poblamiento en la Guajira: investigaciones arqueológicas en el Rancharía medio*. Universidad de los Andes-Departamento de Antropología, Bogotá.
- Langebaek, Carl; Piazzini, Carlo Emilio; Dever, Alejandro y Espinoza, Iván (2002). *Arqueología y guerra en el valle de Aburrá: estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia*. Ediciones Uniandes, Bogotá.
- Llanos, Héctor (1995). *Los chamanes jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético*. Talleres Cuatro y Cía., Bogotá.
- _____ (1990). “Espacios míticos y cotidianos en el sur del alto Magdalena”. En: Mora, Santiago (ed.). *Ingenierías prehispánicas*. Fondo FEN-Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp. 13-45.

- Lleras, Roberto (2004). "La creación del guión científico de la remodelación del Museo del Oro". *Boletín del Museo del Oro*, Banco de la República, Bogotá, N.º 52, pp.19-30.
- Mora, Santiago (2006). *Amazonía, pasado y presente de un territorio remoto. El ámbito, la historia y la cultura vista por antropólogos y arqueólogos*. Uniandes-Ceso, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Bogotá.
- _____ (2005). "De la invención, reinención y descubrimiento del paisaje amazónico y sus habitantes". En: *Arqueología Suramericana*, Universidad del Cauca-World Archaeological Congress, N.º 1, pp. 76-95.
- _____ (2000). "Ámbito, pasado y presente en la arqueología colombiana". En: *Arqueología del Área Intermedia*, Bogotá, N.º 2, pp. 153-181.
- Mora, Santiago; Herrera, Luisa Fernanda.; Cavelier, Inés y Rodríguez, Camilo (1991). *Cultivars, anthropic soils and stability a preliminary report of archaeological research in Araracuaramazonia*. Latin American Archaeology Reports, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- Morcote, Gaspar (ed.) (2001). *Memorias del Simposio Pueblos y Ambientes: una mirada al pasado precolombino*. Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Bogotá, pp. 1-4.
- Navarrete, Gustavo (2006). "El gato se muerde la cola. Comentarios a *El paisaje teórico...*". En: *Arqueología Suramericana*, Universidad del Cauca-World Archaeological Congress, N.º 2, Vol. 2, pp. 177-181.
- Orejas, Almudena (1995). "Arqueología del paisaje: de la reflexión a la planificación". En: *Archivo español de arqueología*, Madrid, N.º 68, pp. 215-224.
- Palacio, Germán y Ulloa Astrid (eds.), (2002). *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. Universidad Nacional-Sede Leticia- Imani-ICANH-Colciencias, Bogotá.
- Palacios, Marco (1999). *Parábola del liberalismo*. Bogotá: Norma.
- Páramo, Pablo y Cuervo, Mónica (2006). *Historia social situada en el espacio público de Bogotá desde su fundación hasta el siglo XIX*. Universidad Pedagógica Nacional – Iberoamericana, Bogotá.
- Peña, Germán (2001). Estudio Arqueoictiológico del fenómeno de la subienda en la zona de raudales del río Magdalena (Tolima). Comunicación personal.
- Piazzini, Emilio (2003). "Historias de la arqueología en Colombia". En: *Arqueología al desnudo. Reflexiones sobre la práctica disciplinaria*, Gnecco, Cristóbal y Piazzini, Emilio (eds.). Universidad del Cauca, Popayán, pp. 302-325.
- Politis, Gustavo (2006). "Más sobre los paisajes teóricos de América Latina". En: *Arqueología Suramericana*, Universidad del Cauca-World Archaeological Congreso, N.º 2, Vol. 2, pp. 192-199.
- Politis, Gustavo y Peretti Roberto (C.), (2004). *Teoría arqueológica en América del Sur*. Bogotá: Incuapa-Unicen (Núcleo Consolidado de Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano).
- Redman, Charles (1990). *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*. Crítica, Col. Arqueología, Barcelona.
- Renfrew, Colin y Bahn, Paul (1993). *Arqueología: teoría, métodos y técnicas*. Akal, Madrid.
- Rodríguez, Camilo (1995). "Asentamientos de los bosques subandinos durante el Holoceno medio". En: Cavelier, Inés y Mora, Santiago (eds.). *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*. Fundación ERIGAIE-Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp. 115-123.
- Salazar, Ernesto (2006). "Reseña: Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte. Una investigación arqueológica en la Sierra septentrional del Ecuador". En: *Arqueología Suramericana*, Universidad del Cauca-World Archaeological Congreso, Vol. 1 N.º 2, pp. 126-128.

- Sánchez, Carlos Augusto (2000). "Agricultura intensiva, dinámica de población y acceso diferencial a la tierra en el Alto Magdalena". En *Arqueología en el Área Intermedia*. Bogotá. Vol. 2 N.º 2. pp. 69-99.
- Searle, John R (2001). *Mente, lenguaje y sociedad. La filosofía en el mundo real*. Alianza, Madrid.
- Shanks, Michael y Tilley Christopher (1987). *Re-constructing archaeology*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Sherratt, Andrew (1996). "Settlement patterns or landscape studies Reconciling reason and romance". En: *Archaeological dialogues*, N.º 2, pp.140-169.
- Steward, Julian (1977). "The concept and method of cultural ecology". En *evolution and ecology*. Editado por J.C. Steward, y R. F. Murphy, University Illinois Press, Chicago, pp. 43-57.
- Soler, Javier (2007). "Redefiniendo el registro material. Implicaciones recientes desde la arqueología del paisaje anglosajona". En: *Trabajos de Prehistoria* 64, N.º 1, pp. 41-64.
- Tilley, Christopher ([2005] 2008). "Arqueología fenomenológica". En: *Arqueología. Conceptos clave*. Eds. C. Renfrew & P. Bahn, Akal, Madrid, pp. 94-100.
- _____ (1994). *A phenomenology of landscape. Place, paths and monuments*. Berg, Oxford/ Providence, USA.
- Trigger, Bruce (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- Ulloa, Astrid (2004). *La construcción del nativo ecológico. Complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*. ICANH – Colciencias, Bogotá.
- Van der Hammen, Thomas; Correal, Gonzalo y Klineken Gert Jaap, Van. (1990). "Isotopos estables y dieta del hombre prehistórico en la Sabana de Bogotá". En: *Boletín de Arqueología*, Bogotá, N.º 5, Vol. 1, pp. 3-10.
- Velandia, César (1994). *San Agustín. Arte, estructura y arqueología*. Fondo de Promoción de la Cultura, Banco Popular, Bogotá.
- Vignolo, Paolo (2004). "Nuevo mundo: ¿un mundo al revés? Las antípodas en el imaginario del renacimiento". En: *El nuevo mundo. Problemas y debates* Editores D. Bonnett y F. Castañeda, Universidad de los Andes Bogotá, pp. 23-60.
- Vollet, Matthias (2004). "¿Otros mundos, otros hombres? Imágenes del hombre en los tiempos del descubrimiento y la Conquista de América por los españoles en los siglos xv y xvi". En: *El nuevo mundo. Problemas y debates*, Universidad de los Andes Bogotá, p. 9.
- VV. AA. (2002). *El debate a la constitución*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, Bogotá.
- Waterbolk, H. T. (1995). "Patterns of the peasant landscape". En: *Proceedings of the prehistoric society*, N.º 61, pp. 1-36.